

Giuseppe Antonio CAMERINO, *Profilo critico del Romanticismo italiano*. Novara, Interlinea edizioni, 2009, 190 pp.

Giuseppe Antonio Camerino, cuyo rigor y agudeza analítica han dado lugar a numerosos ensayos sobre los grandes clásicos de la literatura italiana desde Dante hasta el siglo XX, siempre se caracteriza por la amplitud de la visión crítica. Amplitud en todo caso bienvenida, pero absolutamente imprescindible ante movimientos europeos como el romántico, en el que el papel de Italia necesita ser precisado más allá de la fórmula paradójica, ya algo gastada, de un especial “romanticismo classicista”. De esta perspectiva se aventaja el volumen que ahora consideramos, en el que, a continuación de la inicial *Premessa*, el autor advierte escrupulosamente que los estudios aquí incluidos reelaboran materiales ya utilizados pero «strutturati in modo nuovo, profondamente revisionati e integrati in numerosi punti» (p. 9). Estamos, por lo tanto, ante una monografía que es fruto de una reflexión prolongada a través de varios años.

El tamaño muy manejable del libro contrasta con la extraordinaria densidad de todos sus apartados, incluyendo la riquísima bibliografía: 24 páginas (pp.125-149) en letra de cuerpo menor, organizada en relación a cada capítulo y sin solución de continuidad, donde tan solo el orden cronológico, y elementos tipográficos –tales el punto y coma, y las letras versalitas utilizadas para el apellido de cada autor– funcionan como separación entre un título y el siguiente. A esta extensa bibliografía, intencionadamente le asigna Camerino la función sustitutiva de las notas a pie de página, cuya ausencia agradece el lector ante una exposición ya de por sí muy articulada, que en tal modo sale ganando en soltura y claridad.

Considerando este volumen en su conjunto, su acierto esencial consiste en la capacidad de introducirnos en la complejidad del movimiento romántico evidenciando la ósmosis entre diferentes sectores y áreas en Italia y en Europa. En cuanto a los autores italianos, la interrelación que constata Camerino entre figuras mayores y menores demuestra por su parte, más que una preocupación erudita de no olvidar a nadie, una ponderación relativista que no olvida el peso específico de cada autor (sin menoscabo, por tanto, de los dos gigantes Manzoni y Leopardi), en una visión que a menudo se amplía desde la producción específicamente literaria hasta su trasfondo y entorno cultural. No es casual que el capítulo más extenso (pp. 79-96) dividido en cinco apartados, se titule y se dedique a «Cultura e letteratura del Romanticismo risorgimentale».

A pesar de que cada ensayo tiene un valor autónomo, el orden en el que quedan expuestos sigue una línea cronológica que permite leer el volumen como una historia literaria: en efecto el primer estudio parte del concepto de transición y el último concluye con la figura de Francesco De Sanctis, «síntesis crítica del romanticismo italiano».

Camerino empieza por introducirnos en Italia mediante un *zoom* que parte de Europa (y del alcance en ella del término “romántico”) para ofrecernos a continuación el marco histórico-político de la Italia de la restauración donde surge, en el área de Lombardía, la breve e intensa vida del *Conciliatore* en torno al cual se agrupa lo más representativo del movimiento con sus manifiestos y su poética del “verò”. Y en esta se inscriben acertadamente tanto la producción dialectal del milanés Carlo Porta y del romano Gioacchino Belli, como la del gran Manzoni. De Manzoni se analiza el proceso que

llevará a la singular alianza de los valores inspirados en la Ilustración con un nuevo sentido de la dignidad humana y la condena de la violencia que aparecen en *Adelchi*; a lo que se añaden el moralismo y el historicismo que, amén de dar lugar a su obra cumbre, encajarán plenamente en las coordenadas del “romanzo storico”.

A este último género le dedica Camerino el capítulo siguiente, enfocándolo también desde una perspectiva europea, con atención especial a la forma (pues se retoma en sentido romántico la narración versificada que tanta tradición tenía en la literatura italiana anterior) pero, sobre todo, insistiendo en el protagonismo literario de las clases humildes, del que ofrece ejemplos anteriores a Manzoni (sin por eso dejar de reconocer que algunos títulos, los más renombrados, siguieron la estela manzoniana).

A continuación, la singular figura de Leopardi aparece estudiada en la parte central del libro (pp. 61-75) donde apreciamos que este poeta de talla tan excepcional encuentra asimismo su espacio dentro del entorno en el que el autor nos ha introducido. «Antico» es el adjetivo con el que lo califica Camerino, que en tal modo subraya su formación clasicista que convive con la fuerte vocación lírica, y su trayectoria de un fracaso personal que queda puesto en paralelo con el fracaso histórico y las desilusiones de los románticos. Así pues, la última etapa de Leopardi viene a ser para Camerino «il punto d'arrivo di un lungo, difficile percorso, per cui il poeta accoglie, almeno in parte, uno dei postulati della poetica romantica: cioè quello di una poesia-verità che sappia esprimere per metafore anche idee metafisiche. Una correzione di poetica che sembra, se non superare, almeno mitigare le accuse rivolte ai romantici nel giovanile *Discorso di un italiano intorno alla poesia romantica*» (p. 77).

A continuación, en el ya mencionado apartado «Cultura e letteratura del romanticismo risorgimentale», el autor reconoce los hilos principales de una trama compleja donde se entretajan nombres de intelectuales y políticos de varias sensibilidades y tendencias, destacando los centros de cultura en los que llegaron a coincidir personalidades de ámbitos muy diferentes. Y muchos de estos hilos se cruzan; por ejemplo, en la pasión por los cantos populares que inspira la recopilación de Tommaseo de 1841-42 influye el antecedente de los *Volkslieder* recogidos a lo largo de Europa por Herder, aunque Camerino subraya que en Italia «la poesia corale, espressione in senso romantico dell'identità e dell'anima genuina di un popolo, si riallaccia anche alle tesi vichiane sui primordi di una civiltà» (p. 89). Esta atención conjunta a Italia y a Europa es una constante en la crítica del autor y viene aplicada también en el estudio siguiente, un breve capítulo (pp. 97-102) que tal vez habríamos preferido ver colocado a continuación del dedicado a Manzoni. Camerino atiende en él a la *letteratura rusticale*, que culmina con la figura de Ippolito Nievo, considerada tanto en sus narraciones breves, que son «conseguenza di una conoscenza diretta della vita rurale», como en su obra mayor, *Le confessioni di un italiano*, libro del que se resalta la doble conexión con el gran ejemplo de la novela de Manzoni junto con el de los *Wilhelm Meisters Lehrjahre* de Goethe.

En los dos últimos apartados –uno dedicado al romanticismo «epigonico e classicheggiante» y otro, que ya hemos mencionado, al perfil del gran crítico italiano Francesco De Sanctis–, la perspectiva se vuelve, si cabe, más europea. En efecto, del romanticismo de fuera llegan a Italia la revalorización del folklore autóctono y de los cantos populares, los mitos de la patria y de las tradiciones locales, la interpretación del Medioevo

como cuna del nacimiento de una civilización italiana; en definitiva, todo cuanto quedará encauzado e italianizado en la ideología democrático-mazziniana. Pero a la hora de documentar estas novedades no podría obviarse la importancia debida a las traducciones, que en gran parte inspiraron en Italia los productos culturales y literarios románticos. Así pues, Camerino, maestro experto en intertextualidades y mecanismos de la traducción, como ha demostrado ampliamente en una parte importante de sus estudios (quien esto escribe no puede olvidar su finísima percepción en el análisis del lenguaje trágico de Alfieri), aplica sus conocimientos de modo particularmente rentable a autores como Zanella, Prati, Aleardi, etc. en la época en la que entran en Italia modelos como Gray, Shelley, Burns, Longfellow, Byron, Hugo, Chateaubriand... mientras otros epígonos menores y “clasicistas” seguirán traduciendo a los clásicos griegos en la línea arcádica. Entre ellos el modelo más imitado seguirá siendo italiano, es decir Leopardi, aunque «privato delle ragioni più profonde della sua poetica» (p. 114).

También en el caso de De Sanctis la experiencia de la traducción será determinante, en especial la que realizó de la *Lógica* de Hegel, de la que se derivará «quella rinnovata visione dialettica della storia letteraria che lo segnerà profondamente a cominciare dal concetto di forma» (p. 115). A pesar del excesivo esquematismo de su historia literaria, en De Sanctis reconoce el autor su fundamental importancia y su concepción científica del ensayo literario como continua indagación experimental.

En sintonía con esta dirección crítica predominante en Camerino se sitúa claramente el primero de los tres estudios recogidos en el interesantísimo apéndice del libro, aportaciones todas inéditas. Se trata del más extenso (pp. 153-167), titulado «*The bard di Gray e gli inizi di Berchet traduttore tra Foscolo e Monti*». En nuestra opinión, también es el ensayo más trabajado e importante de los tres del apéndice: se aprende y se disfruta leyendo como la aguda percepción lingüística del estudioso políglota se insinúa en los pliegues de los textos y en los mecanismos de la traducción para detectar en ellos la vivencia de un aprendizaje poético y el surgir de una sensibilidad determinante en el trasfondo receptor y generador de un nuevo quehacer literario.

El segundo y el tercero de estos estudios tratan sobre la biografía y los escritos teóricos de Manzoni (II «*Sulle lettere di Enrichetta Manzoni Blondel*» y III «*Tra storia e invenzione. Postilla manzoniana*»), y no deja de ser significativa esta tríada final, pues en cierto modo resume y define las líneas principales de la investigación de Camerino: la historia literaria, la filología y la poética.

Cristina BARBOLANI